

## CERVANTES Y EL *QUIJOTE*, SEGÚN RAMÓN J. SENDER\*

José Domingo DUEÑAS LORENTE  
Universidad de Zaragoza

Sorprenden al lector de Sender (1901-1982) las muchas referencias a Miguel de Cervantes con que el escritor aragonés salpica o insufla sus páginas. Y sorprenden sobre todo porque no se trata de alusiones ligeras sino de menciones que denotan una afición prolongada, reflexiva y honda hacia el autor del *Quijote*. Evidentemente, Cervantes es desde hace tiempo el autor más reconocido y excelso en la tradición literaria española, pero aun así la muy frecuente invocación de su nombre o de sus libros por parte de Sender parece requerir de alguna explicación añadida, porque en tal devoción cabe desentrañar —según creemos— algunas razones de orden histórico y literario en buena parte generacionales.

Como bien se sabe, los últimos años del XIX y primeros del XX, sobre todo los que siguieron al llamado Desastre del 98 —la pérdida para España de las últimas colonias de ultramar—, abundaron en reflexiones en torno a la identidad nacional, al ser y el destino colectivo de los españoles, y cundieron los excursos en torno a los mitos, las creencias, los hitos históricos, las obras o los personajes literarios que mejor pudieran dar cuenta del «alma nacional», por acudir a un concepto entonces muy manejado y al que se le atribuyó una considerable capacidad explicativa.

En este marco, en el que empiezan a publicar los del 98, Cervantes y su *Quijote* se asientan como referencias obligadas durante años al hablar de casi cualquier asunto que aludiera a la vida nacional. En este sentido, apunta Carme Riera (2005: 12) que el *Quijote* se convierte por entonces en «un vademécum para la interpretación de España». Las fogosas polémicas de aquellos años entre las denominadas «gente vieja» —Galdós, Valera, Clarín...— y «gente nueva» —modernistas o los jóvenes

---

\* Este artículo fue preparado con ocasión de la participación del autor en el ciclo de conferencias *La estela del Quijote*, organizado por el Área de Lengua y Literatura del IEA e Ibercaja, en noviembre de 2005, para conmemorar el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. [N. de la R.]

incluidos más tarde en el grupo del 98— versan a menudo sobre el carácter colectivo y la idiosincrasia nacional, y la novela cervantina resulta de mención inevitable, muchas veces a modo de compendio de lo español o —según se entiende desde el emergente nacionalismo catalán del momento— de lo castellano. Riera revisa, en efecto, numerosos artículos de la prensa catalana en torno a la recta interpretación del *Quijote* que se han de inscribir propiamente en este orden de preocupaciones. Pero, además, en una orientación semejante, la de la idealización del personaje como epítome de lo español (*vid.* A. Close, 2004), se incardinan durante años, aunque con variantes significativas, diferentes obras de indudable relieve para los estudios cervantinos: *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), de Unamuno; *La ruta de don Quijote* (1905), de Azorín; *Meditaciones del Quijote* (1914), primer libro de Ortega y Gasset; *El pensamiento de Cervantes* (1925), de Américo Castro; *Don Quijote, don Juan y la Celestina* (1926), de Ramiro de Maeztu; *Guía del lector del Quijote* (1926), de Salvador de Madariaga; *La invención del Quijote y otros ensayos* (1934), de Manuel Azaña, etcétera.

Especialmente en su periodo de formación pero incluso mucho después, Sender se interesó notablemente más por los nombres de las promociones anteriores que por los de la suya propia. Así, aunque con cierta distancia, explícita sobre todo durante el periodo anterior a la guerra, manifestó siempre una inequívoca admiración hacia Ortega. Y los dos autores a los que se mostró más afín literaria o intelectualmente fueron Valle-Inclán, amigo personal del aragonés en su mocedad, y Baroja, dos del 98, por lo tanto. Además, la única obra de Sender que cabe incluir en el campo de los estudios literarios, a pesar de haber ejercido como profesor universitario durante años, es su ensayo *Examen de ingenios. Los noventayochos* (1961 y, en edición ampliada, 1971). Quiero decir con ello que también en lo que a la interpretación de la obra cervantina se refiere Sender se había de desenvolver en la atmósfera creada por los noventayochistas y sus continuadores.

Por otra parte, los inicios del siglo xx, cuando el aragonés nace al mundo de las letras, eran momento de numerosas iniciativas encaminadas a la difusión del *Quijote*, sobre todo en torno a dos fechas: 1905, tercer centenario de la aparición de la primera parte de la obra, y 1916, tercero también de la muerte del autor. Así, entre 1904 y 1912 varias reales órdenes insistieron en que habían de leerse en las escuelas las obras de Cervantes, lo que trajo rápidas consecuencias en el campo editorial, y pronto Calleja y otros prepararon diversas versiones del *Quijote* para los niños (*vid.* J. Montero Reguera, 2005: 74-75). Posiblemente, una consecuencia más de este clima es que Sender leyera ya en su infancia la gran obra de Cervantes. Fue cuando vivía en Tauste y mientras preparaba por libre los primeros cursos del bachillerato bajo la tutela de mosén Joaquín Aguilar.

Recuerdo —escribe Sender (1971: 158)— cuando leía *Don Quijote* por primera vez a los once años. A menudo cerraba el libro amargado y decepcionado viendo las ridiculeces que Cervantes obligaba a hacer a su caballero. No conseguía este una sola victoria limpia, justificada y de veras plausible. [...] Desde entonces considero una crueldad poner ese libro en manos de los niños. Es el libro más tristemente adulto que existe. Nadie debiera leerlo hasta haber tenido las primeras revelaciones de Sileno en el oscuro bosque de la desesperanza.

Pronto, fue además consciente de la trascendencia no solo literaria del libro o de la relevancia que otros atribuían a la obra como sustento de posiciones ideológicas que a menudo no compartía. En este sentido, Jesús Vived (1999: 9-16) rescató no hace mucho del Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte de Moscú un revelador artículo del autor, de mediados de 1933, donde se lee:

Ganivet, Unamuno, Azorín, Maeztu hacen de don Quijote un español típico, capaz de realizar, en determinadas condiciones, todas sus frustradas hazañas. Podemos decir que don Quijote, tal como vive hoy en la cultura española, es un producto artificial de esa generación. No importa que Cervantes repita que ha tratado de ridiculizar los sentimientos caballerescos y aventureros que la liquidación del periodo feudal dejó diseminados por el país. Estos hombres del 98 [...] tratan a todo trance de conservar, bajo el disfraz de un individualismo esteticista, la bandera de la hidalguía y del sentimiento aristocrático.

A lo largo de los años treinta y desde una óptica materialista a rajatabla que, claro está, chocaba de modo frontal con el espiritualismo de los noventayochistas, Sender defendió el escepticismo y la ironía de Cervantes o el juicioso apego a lo terrenal de Sancho frente a los efluvios idealistas de don Quijote. Así, en la magnífica colección de artículos que publicó por entonces bajo el título de *Proclamación de la sonrisa* (1934) insertó dos textos dedicados al *Quijote* —sin contar alusiones esparcidas en otros varios—, «El saludo de don Quijote» y «Protección de los molinos de viento», y en ambos defiende la clarividencia de Cervantes a la vez que denigra a su personaje. «Cervantes hizo en su libro una epopeya contra lo que hoy se llamaría el idealismo burgués», dice Sender en el primero de los textos citados. «Don Quijote solo veía el símbolo —escribe en el segundo—. [...] Se alzó sobre los estribos con los ojos encendidos. [...] Sancho vio desde el primer momento que aquellas aspas giraban para darle a él agua y harina».

Desde premisas muy semejantes redactó el ensayo «La cultura española en la ilegalidad», aparecido en la revista quincenal que él mismo dirigía, *Tensor* (1935). Sostenía ahí que la historia de la cultura española había sido en última instancia una pugna constante entre la «verdadera» cultura, la emanada del pueblo, y la de las fuerzas dominantes —la Iglesia, la Monarquía, el feudalismo (la nobleza)—, que habían tratado invariablemente de dominar o acallar las manifestaciones populares con el fin de que no peligraran sus privilegios. En la veta popular situaba al Arcipreste de Hita, la *Celestina*, Quevedo, Larra o, por supuesto, a Cervantes. Y apuntaba Sender aquí que el resentimiento de Unamuno hacia Cervantes se debía a que este «trató de realizar la liquidación del feudalismo en el *Quijote*, y lo hizo sin ninguna solemnidad, sacando con la fuerza del genio, sin pretenderlo y sin sospecharlo, a sus dos tristes campeadores del marco de los acontecimientos, proyectándolos en libertad sobre el mundo y los tiempos».

La percepción del *Quijote* que exhibe entonces Sender, fundamentada en la notable expansión del materialismo histórico que tuvo lugar en la España de aquellos años, entronca además con una veta crítica que había nacido en la segunda mitad del siglo XIX, merced sobre todo a los estudios de Nicolás Díaz de Benjumea, quien entendía a Cervantes como «un librepensador republicano» y había sentado

las bases para que poco después algunos estudiosos —Carreras Artau, entre otros—, en los inicios del siglo xx, creyeran que la parodia de los libros de caballería practicada por Cervantes postulaba un «colapso del feudalismo» y su sustitución «por un nuevo sistema de valores, democrático, burgués, racional», en palabras de Close (2004: CLXXVI-CLXXVII). Sender, por lo tanto, parecía instalado así en una tradición crítica que le permitía entender las páginas cervantinas de modo acorde con su idea materialista de la Historia, concebida en irremisible avance hacia una sociedad sin clases. No obstante, Sender siempre subrayó la aportación ética y estética del libro, sin propugnar ni siquiera en los años treinta una lectura política de modo prioritario.

Tras la guerra civil, como bastantes otros escritores del momento, el autor se desentendió en buena parte de los parámetros ideológicos y políticos que había frecuentado en los años treinta y recuperó pautas y referencias más de orden antropológico y filosófico que en alguna medida ya había cultivado antes. La nueva óptica se dejó sentir también en su percepción de la obra cervantina; no obstante, Sender defendió siempre al autor frente a su héroe, al contrario, pues, que Unamuno, con quien mantuvo su antigua discrepancia.

También Ortega, como recuerda Pedro Cerezo (2005), perfiló en cierta manera su percepción de Cervantes o incluso definió en ocasiones su pensamiento a modo de respuesta ante las posiciones casi siempre prestas a la polémica de Unamuno. Por su parte, Sender achacó a Miguel de Unamuno una desmedida e infantil egolatría y entre sus muchos desacuerdos no fue el menor el que se refería a la visión de Cervantes y de su obra. Así, en el ya citado volumen *Examen de ingenios. Los noventa yochos*, Sender destinó no pocas páginas a evidenciar la gratuidad de los juicios unamunianos acerca de Cervantes: «Unamuno odiaba a Cervantes por haber escrito el *Quijote*. Creía Unamuno de buena fe que aquella empresa le correspondía a él y no al manco de Lepanto. “Ese Don Quijote —decía—, más mío que de Cervantes...”. Porque Unamuno adoraba la fe ciega y encendida de Don Quijote y despreciaba el estoicismo de Cervantes» (Sender, 1971: 27). Y no se ha de pensar que Sender cayera en la caricatura con sus apreciaciones. Recientemente, Close (2004: CLXII) insistía en la arbitrariedad de que hace gala Unamuno en su *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), obra salpicada, según dice el estudioso, de «caprichos y bufonadas».

Sin embargo, el empeño titánico de don Quijote, que interpretaba el joven Sender como un despropósito idealista del que se mofaba su propio creador, se le representa más tarde como un triunfo de «genuina grandeza»: «Todas sus aventuras acaban en desastres o en victorias ficticias. Pero al final la acumulación de miserias se convierte, por un milagro compensador de la providencia cuyo secreto no tenemos los hombres, en la más genuina grandeza» (Sender, 1971: 31).

Con todo, el mayor homenaje a Cervantes que se propuso Sender fue la sugerente recreación del matrimonio del gran escritor que centra el delicioso relato *Las*

*gallinas de Cervantes* (1967a), llevado al cine por Alfredo Castellón en una muy meritoria versión (1987) cuyo guión fue publicado por el IEA (Castellón y Mañas, 2001). Aunque los datos son escasos, se sabe que Cervantes contrajo matrimonio en Esquivias (Toledo) con Catalina de Salazar en 1584 y que abandonó el hogar por motivos desconocidos en 1587, si bien más tarde volvió a convivir en otros lugares con doña Catalina. Contaba Sender a Marcelino C. Peñuelas (1969: 163-165) que la novela había nacido de una «obsesión» que arrastraba desde que había leído que en el contrato de matrimonio de Cervantes se recogía, entre otros detalles, el número de gallinas que aportaba su mujer. Pensaba Sender que la anotación era una muestra de «la miseria de esa clase media española medio hidalga que está en el nivel mental de las gallinas» y la interpretaba como una verdadera ofensa para Cervantes.

En su relato, Sender traza una progresiva transformación de la mujer de Cervantes en gallina, algo que se ha de entender como exponente grotesco de la mezquindad que rodeaba al discreto autor del *Quijote*. De esta forma proponía a modo de parábola una posible explicación del alejamiento de Esquivias del gran escritor. Y, pese a todo, el Cervantes del relato senderiano sabe sobreponerse a la ruindad ambiental y mantener su capacidad creadora de modo que atisba en un vecino del lugar algunos de los rasgos que dejaría plasmados luego en su imperecedero personaje, Alonso Quijano.

Por las mismas fechas, en la novela corta que tituló «La puerta grande», incluida en *Tres novelas teresianas* (1967b), narraciones breves en torno a la figura de Teresa de Jesús, hace Sender que su personaje se encuentre con don Quijote y Sancho en una de sus andanzas. La aparición de los héroes cervantinos es más anecdótica que otra cosa, pero demuestra el buen tino del autor a la hora de trazar a los personajes, a los que recupera con humor e indudable coherencia con los rasgos que les había otorgado su creador. Todavía en *El fugitivo*, una novela discursiva más que de acontecimientos, muy del gusto del último Sender, el protagonista, refugiado durante unos días en la torre de una iglesia, cavila a lo largo de varias páginas sobre el sentido último de la novela cervantina: «El hombre —escribe Sender—, a pesar de sus locuras y estupideces, salva su naturaleza de hijo de Dios, y merece, por ese simple hecho, alguna clase de respeto. Eso parece que viene a decirnos Cervantes» (Sender, 1976: 61-63).

Y no se agotan aquí las referencias al autor del *Quijote*: en *Monte Odina* (1980), *Toque de queda* (1985) y en otros varios lugares Sender sigue prolongando las infinitas sugerencias que le provocaban el *Quijote* y su creador. Además, su *Donde crece la marihuana. Drama en cuatro actos* (1973) supone una recreación de *El curioso impertinente* de Cervantes, y en el escaso tiempo en que ejerció de editor Sender puso su sello, Quetzal, a la obra *Cervantes y Darwin*, de Jean Cassou y Marcel Prenant (Vived, 2002: 406-407).

En suma, frente a la interpretación romántica de don Quijote y por extensión de la novela que perduró durante el siglo XIX y gran parte del XX (Close, 2005), de la

que dieron buena muestra Unamuno o Azorín, Sender, más al modo orteguiano, tendió a idealizar a su creador, a Miguel de Cervantes. En este sentido, le confesaba a Peñuelas: «yo estoy, lo mismo que cualquier español, sobre todo un escritor, profundamente enamorado de Cervantes», y al referirse a *Las gallinas de Cervantes* aludía enseguida al autor del *Quijote* en términos poco equívocos: «parece que Cervantes no protestaba nunca. Era un hombre bondadoso, comprensivo y, por encima de todo, discreto» (Peñuelas, 1969: 163-165).

Sabemos que, para Ortega, Cervantes era el español «profundo y pobre», «el único filósofo español», «el filósofo más profundo» de la aportación hispana, etcétera (vid. P. Cerezo, 2005: 7-10). De ahí esa firme devoción que le llevó, por ejemplo, a dar el nombre de Miguel a su primogénito. Y cabría preguntarse qué hay en el fondo de la admiración senderiana hacia Cervantes; aparte de ser el creador de la novela moderna, lo que no es poco, ¿qué percibió Sender en el autor del *Quijote* que le resultara tan hondo y tan cercano al mismo tiempo?

A lo largo de toda su obra, Sender indagó desde muy diferentes vertientes en su identidad como individuo y trató esforzadamente de entender en lo posible las pautas que marca la especie. Para ello se sirvió de multitud de procedimientos de orden narrativo y poético, pero sobre todo de dos conceptos que fue aquilatando a lo largo de los años: los de «personalidad» y «hombría». En torno a ellos no solo vertebró buena parte de su pensamiento sino también sus pretensiones artísticas, porque la literatura no fue nunca para él un producto acabado en sí mismo, una construcción estética, sino un modo de conocimiento y en algún momento un instrumento de transformación del entorno social. La idea de «personalidad» proporciona, según Sender, el concepto de individuo, de ser aislado, de ente separado de la naturaleza que ha de enfrentarse por lo tanto a la muerte con sus propias y únicas fuerzas. Por el contrario, la idea de «hombría» supone entender al ser humano como parte de un todo, como un elemento de la naturaleza en cuyo seno se desenvuelve y a cuyas pautas puede acudir. De este modo, el individuo capaz de asumir la «hombría» como forma de identidad evita la angustia por el acabamiento individual y se sabe perpetuado a su manera por la especie.

De acuerdo con todo ello se ha de entender, en mi opinión, lo que declaraba el autor de Chalamera a Peñuelas (1969: 274): «Hay solo dos maneras de librarse de uno mismo, que son el amor y el arte. Con el arte uno se puede librar más o menos, que es lo que yo hago, ¿verdad? Con el amor, no es tan fácil porque no depende de uno». Esto es, dos procedimientos de redención como individuo, dos modos siempre precarios, claro está, de atrincherarse contra la finitud y la inconsistencia. Es evidente que Sender entendió la literatura —él mismo lo dice en el párrafo citado— como procedimiento de salvación, algo que además abordó más o menos explícitamente en sus textos, como hace años apreció bien Patrick Collard (1981).

Y, tal vez, de esta manera de ver la literatura y el arte se pueda deducir algo más sobre lo que le fascinaba a Sender de Cervantes. Como bien se sabe, la vida del

autor de Alcalá de Henares no tuvo mucho que ver con la felicidad: pobreza, cárcel, olvido de los mecenas, recepción mediocre de su obra, etcétera. En definitiva, alguien que poco después de los veinte años no volverá a encontrar «el sosiego —como dice Andrés Trapiello (2005: 58)—, jamás le veremos ya como no sea tropezado, trastabillado, a punto de caerse siempre, cuando no caído». Y de sus flaquezas y penalidades escribe tal vez cuando se refiere a don Quijote, pero la literatura casi inopinadamente lo redime, y de qué manera, de la realidad triste que tira de él siempre hacia abajo. El *Quijote* salva a Cervantes. El autor llega a intuir además la grandeza de su obra y a disfrutar de modo incipiente de su excepcional acogida. Acaso no sea extremar la interpretación si decimos que Sender también trató de salvar su circunstancia a través de sus libros, de imprimir cierto sentido a su tormentosa vida mediante la escritura y, por qué no, de buscar ese milagro cervantino de redimirse plenamente mediante algún logro incuestionable. Cervantes fue posiblemente para Sender el gran modelo de quien consigue en última instancia «librarse de uno mismo» en virtud del arte.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Castellón, Alfredo, y Alfredo Mañas (2001), «*Las gallinas de Cervantes*. Una historia insólita inspirada en un relato de Ramón J. Sender», en *Ramón J. Sender y el cine*, Huesca, IEA / Festival de Cine de Huesca / Gobierno de Aragón, pp. 159-275.
- Cerezo, Pedro (2005), «Cervantes, el español 'profundo y pobre'», *Revista de Occidente*, 288 (mayo de 2005), pp. 7-38.
- Close, Anthony (2004), «Las interpretaciones del *Quijote*», «Prólogo» a Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, pp. CLX-CXCI. Edición dirigida por Francisco Rico.
- (2005), *La concepción romántica del Quijote*, Barcelona, Crítica.
- Collard, Patrick (1981), «Escribir para salvarse: un tema en la obra de Ramón Sender», *Revista de Literatura*, 86, pp. 193-199.
- Montero Reguera, J. (2005), *El Quijote durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Valladolid, Universidad.
- Peñuelas, Marcelino C. (1969), *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español («Novelas y Cuentos»).
- Riera, Carme (2005), *El Quijote desde el nacionalismo catalán, en torno al tercer centenario*, Barcelona, Destino.
- Sender, Ramón J. (1934), *Proclamación de la sonrisa*, Madrid, Yagües. [Se halla en prensa, en la colección «Larumbe» que edita el IEA, una edición crítica de esta obra]
- (dir.) (1935), *Tensor. Información literaria y orientación*, edición facsimilar, Huesca, IEA («Rememoranzas», 7), 2001.
- (1967a), *Las gallinas de Cervantes y otras narraciones parabólicas*, México, Editores Mexicanos Unidos. [Última ed. de *Las gallinas de Cervantes*, Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2002]
- (1967b), *Tres novelas teresianas*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 285). [2ª ed., 1970]
- (1971), *Examen de ingenios. Los noventayochos. Ensayos críticos*, México D. F., Aguilar, 2ª ed. (corregida y aumentada).
- (1973), *Donde crece la marihuana: drama en cuatro actos*, Madrid, Escelicer («Teatro», 749).

[14]

- Sender, Ramón J. (1976), *El fugitivo*, Barcelona, Destino («Áncora y Delfín», 478). [1ª ed., 1972]
- (1980), *Monte Odina*, Zaragoza, Guara («Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses»). [*Monte Odina: el pequeño teatro del mundo*, ed. crítica a cargo de J.-P. Resson, A Coruña, Ediciós do Castro, 2003]
- (1985), *Toque de queda*, Barcelona, Plaza & Janés («Literaria»).
- Trapiello, Andrés (2005), ... *Y Cervantes* (ed. electrónica), Nausícaä.
- Vived Mairal, Jesús (1999), «Ramón J. Sender. Nuevas reflexiones sobre don Quijote», *Turia*, 50, pp. 9-16.
- (2002), *Ramón J. Sender. Biografía*, Madrid, Páginas de Espuma.